

REDACCIÓN NÚMERO CUATRO

La protagonista (¡Hey, ésa soy yo!) y el mejor deportista de su antiguo instituto están fundidos en un largo beso sobre un fondo de rojo atardecer.

Cinco o seis minutos después abrí los ojos de golpe y aparté el rostro para dejar salir una duda que andaba perdida en mi cabeza.

–Oye –le dije–, ¿cómo es que concertaste la cita con Pepe aquí?

–Porque yo siempre me vengo a pasar las vacaciones de Semana Santa con mi primo Rafalito. Me cago en la mar –Dio un respingo y se puso a meter con precipitación sus cosas en la mochila–. Me tengo que ir corriendo, Noe.

–¿Que me vas a dejar ahora?

–Lo siento, se me había olvidado decirte que esta noche desfilo en la procesión del Desamparado –Había echado a andar a toda prisa. Yo iba detrás de él, como el perrillo de antes. Pero el perrillo no iba metiéndose el pantalón, ni la camiseta, ni las gafas... El perrillo no tenía que peinarse. Y todo eso lo iba haciendo yo por el paseo, esquivando a la gente.

–Escucha, yo no quiero volver ahora con tía Francis y con ese farsante que va con ella.

–¿Y qué piensas hacer?

–Acompañarte. Oye, ¿tú de qué vas?

–Tía, no te pongas borde. Ya te he dicho que se me olvidó decírtelo.

–No, quiero decir que si sales de nazareno o de qué.

–No. Soy del Imperio Romano. Toco la caja.

–Fenómeno. Pues yo también voy de centuriona.

–Imposible. Sólo machos.

–Dios, qué asco.

Jesús decía que la única posibilidad que se le ocurría era que yo saliese de nazarena, así que me acompañó a la sede de la Hermandad del Desamparado, donde buscó a la albacea. Le dijo que iba de parte de su primo Rafalito y le pidió que tratara de conseguirme la vestimenta y un sitio para mí. Mencionar a Rafalito en esa hermandad debe de ser algo así como nombrar a don Vitto Corleone en Palermo. La albacea, una señora oronda y entrada en años que andaba dando instrucciones a diestro y siniestro, le contestó que lo dejara en sus manos, y Jesús salió disparado hacia el cuartel del Imperio Romano. La mujer acabó de despachar a los de las flores, repasó una lista de hojas manoseadas y marcó un número de teléfono.

–¿Magdalena? Soy Hortensia. ¿Qué pasa con Miguel Ángel? ¿Viene o no viene? –Esperó—. ¿No? Pues dile a tu chico que se pegue un salto ahora mismo y que me traiga el traje de su hermano, que lo necesito... No, Magdalena, no me vengas con eso ahora, que no es momento... No... Sí... Que no... Que sí... ¡Que sí, mujer, que yo me encargo de llevarlo al tinte! Pero que venga ya, que empezamos enseguida.

Miguel Ángel tenía que ser un tío enorme, porque el hábito me arrastraba todo esto (¡Ay, que no lo ves! Perdona). Hortensia me cogió el bajo con unos alfileres y me dijo que *p'álante*.

La túnica, de color grosella, ceñida con el cingulo a mi cinturita de avispa, me quedaba fetén, yo diría que incluso sexy, aunque los alfileres ya empezaban a pincharme los tobillos y no tardarían mucho en hacerme sangre (sin embargo, más sangraba Cristo y no se quejaba, así que a callar). La capa, elegantona; los guantes, un chispitín grandes; pero el cubrerrostro... ¡Ay, qué coñazo, qué coñazo de cubrerrostro y de capirote! Seguro que el tal Miguel Ángel estaba en cama con un ataque de hidrocefalia, porque el capirote, si lo dejaba a su aire, acababa descansando sobre las orejas, en cuyo caso el antifaz (esta gente llama antifaz al cubrerrostro: imagínate a Batman con uno así) me quedaba tan bajo que podía sacar la punta de la lengua por los agujeros, y además las gafas, al tirar la tela de ellas, acababan encajadas en la punta de la nariz y me cerraban las fosas nasales. Ensayé entonces con el capirote diversas posiciones hasta encontrar la más ergonómica: el capirote se apoyaba por delante más arriba del flequillo y por detrás justo en medio del cogote. Inconvenientes: (a) la cinta para ajustarlo debajo de la barbilla amenazaba con estrangularme (por lo visto el capirote y la respiración no eran compatibles); y (b) los agujeros quedaban en ese caso en la frente, no veas qué plan. «Caray», pensé, «me van a tener que prestar un perro lazarillo». En ese momento me llegó la voz de un chiquillo experimentado en esas lides.

—¡No, así no! Lo mejor es que te aprietes el antifaz contra la barbilla, y tires de él hacia abajo. ¡Tanto no, que se te cae el capirote hacia delante! Venga, date ahora un empujoncito en el capirote... un poquito más... un poco más... ¡Cuidado, que ahora se te cae por detrás! Tienes que aprender a controlarlo, es cuestión de práctica.

—Mira —le dije cuando acerté a verlo—, si tiro con una mano por delante y con otra por detrás puedo ajustar los agujeros a los ojos.

—No sirve.

—¿Por qué?

—Porque tienes que llevar el cirio en una mano. Lo tienes chungo, tía.

Al final opté por quitarme las gafas, despegar la boini-lla del capirote y recortarlo unos cuantos centímetros para que me encajase en la mollera. Ya lo pegaría después con precinto, qué demonios. Lo importante era que por vez primera se encontraban frente a frente los ojos y los orificios. No tardé en percatarme de que éstos mermaban considerablemente el campo de visión de aquéllos. Ello me producía la sensación de ser un voyeur, pero un voyeur sin gafas, de bajo rendimiento.

Estando ya a la puerta de la iglesia sentí un toc-toc en el capirote. Era Jesús, mi amigo. Qué impresión, oye, verlo con su casco rematado con plumas, su coraza con hombreras, sus enagüillas y, asomando por debajo de ellas, sus leotardos blancos.

—¡Guapo! ¡Requeteguapo! —le dije—. Estás para comerte... después de quitarte el cascarón, claro.

–Tú sí que estás guapa –me contestó dándome con la baqueta en el trasero–. ¿Estudias o trabajas? –En ese instante me avisaba el mayordomo de mi sección de que íbamos a salir.

–Quedamos aquí mismo cuando acabe el encierro, ¿vale?

–Vale. Pero no te preocupes, que no te voy a perder de vista.

¿Cómo no me iba a perder de vista entre tantísimo nazareno?

Dejemos eso. Y ahora, unos instantes de reflexión, que nunca está de más.

En términos generales, y después de haber pasado por ella, puedo asegurar que la llamada estación de penitencia de los nazarenos (y no me preguntes qué tienen que ver los penitentes con las estaciones) es una de las experiencias menos excitantes que he conocido. Es muy aburrida, lo siento, ¿por qué voy a decir lo contrario? No se la recomiendo a nadie, y que los dos Jesuses (el de la cruz y el del tambor) me perdonen. Pero ¿qué necesidad, digo yo, hay de pasarse cinco o seis horas dando unos cuantos pasos, parándose, dando otros cuantos pasitos, parándose otra vez, observando por esos ojos de cerradura a la gente que te mira con expresión angustiada, como diciendo *¿será ése menganito? ¿será ésa zutanita??* Sí, ya sé que el Cristo es muy antiguo y tiene una cara que da mucha pena. Pero ¿no podrían sacarlo solo y lucirlo como un talismán? ¿Hace falta que vaya tanta gente con Él? Ítem más, siendo lo más importante de toda la procesión, ¿por qué Lo llevan ahí atrás, como un farolillo de cola? No lo entiendo, que me maten pero no lo entiendo.

¿Y qué me dices de los tambores? Por-fa-vo-r, qué dolor de cabeza. La sensación que tienes es, no sé, como si la sangre te chorrease por las orejas. Y no te cuento si te han colocado al final de la fila y tienes justo detrás a Jesús Padilla (eso es lo que insinuaba el muy canalla) y a todo su Imperio Romano pisándote las chanclas y dando baquetazos y mazazos. Y cuando las cornetas empiezan a trepanarte el cerebro te preguntas: con lo bien que estaría yo tumbada ahora mismo viendo la tele, ¿qué hago aquí? ¿Y el incienso? Qué pestazo, joder, si es que te dan arcadas y todo.

Luego ves a unos chavales entre la gente diciéndote «Nena, dame *sera*, dame *sera*», y dices «Pobrecillos, yo aquí tirando la cera por el suelo y ellos sin otra cera que la de las orejas. Venga, va, voy a darles cera». Y mientras inclinas el cirio para que caiga la cera sobre la palma de sus manos, los oyes susurrar «Nena, dame un beso, anda». Y tú les dices «Me cago en la madre que te parió», aunque con el cubrerrostro lo único que ellos oyen es «Bro brobron brobrobro brobro-brobró». Claro que si te ofrecen un cubata, ¡ah, amigo!, eso son palabras mayores. Entonces tú te apartas el cubrerrostro y te tragas hasta los cubitos. Encima de que estás jorobada, ¿te vas a andar con contemplaciones? ¿No te digo?

Llevábamos dos horas y no podía aguantar más las ganas de orinar. Aprovechando que pasábamos junto a un bar, me escapé entre la gente, crucé el establecimiento como una exhalación y amenacé a ocho mujeres que estaban esperando con quemarles los vestidos que estrenaban si no me dejaban pasar. Ya en el váter me percaté de que no tenía dónde dejar el cirio. Tras un instante de indecisión, opté por

encajarlo en el desagüe del lavabo, a modo de palmatoria. Dejé el capirote sobre la cisterna, me arremangué la túnica y me la pillé con el cíngulo (pinchándome de paso un dedo con los alfileres) para, a partir de ahí, hacer lo que todas las mujeres hacemos siempre en este tipo de lugares.

Una vez lista, volví a encapucharme, saqué el cirio (bueno, lo rompí cerca de la base, que se quedó atascada en el lavabo), abrí la puerta de golpe y crucé el pasillo embistiendo con el capirote, oyendo en mi carrera la ovación que me tenían preparada y sorteando las zancadillas de las que juntaban las piernas porque ya no podían aguantar (llegué a pisar, no obstante, el charquito dejado por alguna incontinente).

Al salir a la calle y ver a lo lejos el paso, corrí dando chancletazos hasta alcanzar lo que al principio me pareció un enorme serrucho y resultó ser la doble fila de nazarenos. «Por fin llegué a mi destino», me dije. Me interné (esto no es la web en andaluz, que conste) entre el público, con el cirio a modo de ariete, sin saber que unos estaban de pie sobre la acera y otros en la calzada, con el resultado de un acrobático traspies en el bordillo que tuvo un triple efecto: (a) una enojosa torcedura de tobillo; (b) un aterrizaje forzoso sobre los adoquines; (c) darle, en mi caída, un capirotazo a un bebé que llevaban en un cochecito y que, para no ser menos, se puso a berrear como un carnero ya sabes cómo. Me alcé con brío y pronto gané posiciones al padre del bebé, logrando esconderme entre mis compañeros, tras lo cual no volví a colocarme en mi lugar hasta que no estuve segura de que aquel individuo se había marchado (para ello hube de recu-

rrir a las gafas, no lo voy a negar, aunque en este caso, y para que no se me escurrieran, metí las patillas por los orificios de la tela, que adquirieron así un aspecto achinado. Luego, cuando comprendí hasta qué punto mejoraba mi visión (o sea, volvía a recuperarla), decidí no quitármelas. Esto debía de darme un aire distinguido que hizo que mucha gente me señalara con el dedo y murmurara a mi paso).

A eso de las diez y pico sentí la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón. Volví a remangarme la túnica y metí la mano con el aparato por debajo del cubrerrostro. Con el estruendo de los tambores no acertaba a saber quién estaba al otro lado de la línea. Entonces volví la cabeza y les grité a los centuriones que hiciesen el puñetero favor de parar un momento, que no me enteraba de nada. Valiente tontería, ellos tampoco se iban a enterar (aquí cabe aplicar el imperativo categórico kantiano, o sea, si ellos tuvieran que parar la música cada vez que alguien se lo pidiese, entonces ni habría música ni ellos estarían allí).

Total, que aun a riesgo de volver a perderme, me salí de la fila y me metí en un portal donde me encontré a una pareja morreándose con fruición. Era mi madre la que me llamaba. Estuvo comiéndome el tarro del orden de diez minutos con que si había hablado con su hermana y yo no estaba con ella, que dónde me había metido que había tanto ruido («eso rima, mamá», le dije (*ma-ma-má: ije, je!*)), que no la había llamado en todo el día («sigue rimando, mamá»), así hasta que se cansó de leerme la cartilla y colgó. Lo último que había dicho es que hablase con tía Francis. «Eso es», pensé, «voy a llamar a la Paca. Ya habrá tiempo de desfilas».

Tía Francis me dijo que todo iba bien («todo lo bien que puede ir», fueron sus palabras), que efectivamente había estado hablando con mamá y que no había querido llamarme «por no molestar». Me dijo que no volviese tarde, que «tuviera cuidado» (¿con los nazarenos?, ¿con los embarazos no deseados?), y me mandó recuerdos para «Ángel». Colgué, me despedí de los besucones y salí a la calle.

Fui caminando hasta llegar a la altura del hueco que había dejado en la procesión. Córcholis, tenía tan pocas ganas de seguir desfilando... Apoyado contra una pared encontré a un tipo que acababa de encenderse un porro que olía la mar de bien. Le dije que si le gustaba la procesión y me respondió que «un taco». Le dije que si había salido alguna vez de nazareno y me dijo que era la ilusión de su vida, pero que para eso hay que tener «parné» para comprarse el «disfraz», y que él «andaba pelao». Le propuse cambiarle el traje por el porro, se quedó mirándolo fijamente, le dio una calada y me dijo que «de puta madre». Me desembaracé del traje en un plis-plas, me pasó el canuto y, mientras se vestía (le ayudé a ajustarse el cingulo a la cintura, porque el muy burro intentaba ponérselo de collar y se le caía), le dije que no dejara de devolver el «disfraz» cuando se acabase la procesión. Me respondió que «tranqui», que tuviera cuidado de no confundirme porque él «había sido entoa la vida mu legal», y se fue en busca de los nazarenos de mi sección dándole vueltas al cirio como una majorette.

No puedes ni hacerte una idea de lo bien que se está sin ir de nazareno, te lo digo en serio. Iba yo tan campan- te, dándole pequeñas caladas al porro (coloca menos pero

dura más), cuando salió desde un balcón la voz rasgada de una gitana que se arrancaba por saetas. Un redoble impuso silencio a la banda del Imperio Romano y a todo el que se atreviera a hablar. Me entretuve en observar los movimientos que hacía la cantaora con las manos, al tiempo que realizaba un análisis musicológico de la pieza interpretada. Cante a voz sola, como la carcelera, la nana y el martinete. Hum, ámbito de séptima, un pelín evolucionado. Sube al do: ahí, con un par. Modo dórico puro, con la tercera menor, nada de orientalismos. Una gozada: el cielo en la tierra, el duende de la noche. Qué bonito, hija.

Acabó la saeta. El capataz dio tres martillazos con el llamador y dijo «¡Al sielo con Él!». Los costaleros dieron la *levantá* y la cruz se bamboleó como si fuera a caerse. Luego dijeron «ámonos» y salieron a paso largo para hacer una buena *tirá* al ritmo *allegro* de la banda. El público arrancó a aplaudir enfervorizado. Le di el último chupetón a lo que quedaba de aquello y lo tiré. «Bah», me dije, «una vez puestos, vamos a por todas». Me metí entre las señoras de mantilla que seguían al Crucificado y cuando oí que el capataz decía «¡Ahí queó!» me dije «ésta es la mía».

Los costaleros habían salido a echar un pitillo. Me acerqué al más salao, le pedí uno y aproveché para darle palique.

—¿Tú crees —le pregunté— que habría alguna posibilidad de meterme de costalera?

—Bueno, la verdad la verdad es que empezamos a ensayar con muchos meses de antelación, más o menos después de las navidades.

—No, si yo digo ahora mismo.

Torció la boca, se rascó la cabeza y dijo:

–Mujer, así a bote pronto... sin costal, ni morcilla, ni faja, te puedes hacer daño. Pero vamos, por intentarlo que no quede. Si tantas ganas tienes, yo te puedo dejar un sitio en mi trabajadera.

–¿En tu qué?

–En mi trabajadera. En el travesaño donde voy yo.

En ese instante apareció por allí el asistente del capataz.

–Niña, ¿por qué no te vas a otro sitio a pelar la pava?

–Usted no sabe con quién está hablando, ¿verdad? –le contesté arqueando las cejas y echándole el humo del cigarrillo en la cara.

–¿Con quién, vida mía?

–Con la mismísima Tábata, la hija de La Embrujada. Y como me dé por mover la nariz, se le va a caer la cruz encima y le va a partir el cráneo en dos, igualito que una sandía, calvo de mierda.

Me di media vuelta, tiré el cigarro y me acerqué a un fotógrafo que intentaba buscar un buen encuadre del paso.

–Dame, dame, que yo de esto entiendo un taco –dije agarrando el cinturón de la réflex–. Mira, tú te subes ahí, te arrodillas delante del Cristo y me pones cara de María Magdalena. Verás qué bien salís los dos.

–Oh, no, pero si yo sólo quiero...

–Oye, mírame. Que va en serio. Que vais a salir divinos, que te lo digo yo.

–... Nno, dedé verdad. Mumuchas graaacias –Qué tío más cortado, la Virgen.

–¿Y lo que vas a fardar enseñándole la foto a tu cuñado?

–Je, je. Otra vez será.

–Está bien, tú mismo.

De allí me fui directamente a un bar, a comerme un bocata. Entre el porro, la caminata y las nueve horas que llevaba sin echarme nada a la boca estaba que mordía. Encargué uno de atún con tomate y, como no me habían pedido el *deneí* en la puerta, me pedí también una copita de vino de la tierra. Tardaban tanto, y la gente comía con tantas ansias, que tuve que secarme la saliva que me corría por la barbilla. Cuando me lo pusieron pedí otro igual (para mí no, para Jesús) y, una vez puestos, otra copita.

Con las pilas cargadas (y con un morado de no te menees), callejeé (esta palabra parece holandesa) siguiendo el rastro de los tambores. Cuando divisé el crucifijo pude darme cuenta de que el paso era como un émbolo en aquellas callejuelas, y no había manera de seguir por allí. Tomé entonces otras calles adyacentes, di doscientas vueltas y me perdí otras tantas hasta lograr dar con la cruz de guía. Luego avancé entre las dos filas de nazarenos, saltando a la comba de trecho en trecho por encima de los vomitivos incensarios que mecían los monaguillos (uf, lo dije). Cuando logré llegar hasta mi amigo, le ofrecí el bocadillo.

–Gracias, pero está prohibido comer durante la procesión.

–¿Ni un bocadito siquiera? Anda, yo te lo sujeto.

–Venga, va –y le dio tal mordisco que por poco no se lleva un par de falanges–. Hum, gué buedo egtá. No veag gué hambgue –Estiró el cuello como una tortuga y le di lo que quedaba. Acabó de relamerse–. Oye, ya que te has hecho la

pirula, podías haberte buscado a un suplente menos vacilón, ¿no crees?

–¿Qué pasa? ¿Algún problema?

–Compruébalo tú misma.

Me di la vuelta. El tipo se apoyaba en otro nazareno, al que le tenía el brazo echado por encima del hombro. Con la otra mano sujetaba horizontalmente el cirio y se acercaba el extremo a la altura de la boca, como si estuviera fumándose un petardo descomunal. Al oírse la corneta que daba la entrada a la banda, el fumeta dio un respingo y volvió dando saltitos a su sitio. La procesión se puso en marcha. Intentando que se me oyera por encima del estruendo le pregunté a Jesús, gritándole al oído:

–¿Le queda mucho a esto?

–Menos de una hora.

Agité la mano delante de sus narices y salí huyendo de allí. Fui preguntando por dónde quedaba la iglesia, aunque antes de entrar en ella me pasé por la sede de la hermandad y recogí mi mochila (la Hortensia había salido; estaría cantando saetas). Luego me metí en el templo, busqué un banco apartado al principio de una nave lateral y, como aún estaba un poco piripi, me acurruqué en el asiento y me quedé dormida.